

Unidad 9 Violencia y ficción

1. El colombiano más adorado y temido

Entonces todo se desmoronó¹, el gobierno americano no podía permitir que los narcos sudamericanos estuvieran llevando la nueva droga, la cocaína, por toneladas a Estados Unidos, y hasta el último dólar de su venta volvía a Colombia, no quedaba ni un centavo en USA, y eso no lo iban a permitir. Entonces comenzaron las operaciones salvajes antidroga, con apoyo militar a los gobiernos, sobre todo al colombiano, con bloqueos marítimos incluidos. [...] Eran los años de los primeros grandes capos² en Cali y Medellín, que se repartían el mercado al norte de la frontera, que más tarde se expandió al resto del mundo.

Este apoyo sin límites acabó con el capo de capos, don Pablo Escobar. Escobar era adorado por el pueblo, construía casas para los pobres y la economía de sus ciudades era de las más boyantes³ del planeta. Tenía su propio equipo de fútbol, si había que comprar una nueva flota de coches para la policía, él la pagaba. Todo, hasta se llegó a ofrecer a pagar la deuda externa⁴ del país.

Una persona tan querida como temida por los suyos [...]. Eran leales⁵ hasta la muerte. De su convivencia con Escobar todos dicen lo mismo, nos podía mandar matar en cualquier momento. La frase de Popeye cuando salió de la cárcel veinticinco años después, “Don Pablo era un criminal, un asesino y un bandido, pero era mi amigo y habría muerto por él”, era lo que Escobar inculcaba a sus hombres. Era un tipo especial e irrepetible, por eso tuvieron que acabar con él a cualquier precio, era demasiado peligroso, y no por la droga precisamente. [...]

Un imperio de terror que mantuvo en funcionamiento completo hasta aquel 2 de diciembre de 1993, cuando fue abatido por las fuerzas del orden colombianas, apoyadas por agentes de la DEA⁶. Ese fue el día que el negocio cambió.

Juan José Revenga (escritor español), La última bala, 2018

1. s'écroula
2. jefes de una mafia
3. prósperas
4. dette extérieure
5. loyaux
6. policía antidrogas de Estados Unidos

2. La casa de papel, éxito internacional

La llegada del thriller [...] fue un inesperado fenómeno mundial: se ha mantenido durante seis semanas consecutivas como la más seguida por los usuarios de la aplicación TV Time; es una de las más populares en IMDb, la mayor base de datos¹ fílmicos en Internet; ha sido recomendada en redes sociales por famosos como el futbolista Neymar o el cantante Romeo Santos... Incluso la careta² de Dalí que llevan los atracadores³ se ha podido ver en los carnavales de Brasil o en pancartas enormes desplegadas en estadios de Arabia Saudí. ¿Cómo se puede explicar este éxito internacional? Álex Pina, creador de La casa de papel, cree que ha conectado con un estado de ánimo⁴ presente en muchos países por la crisis económica. “Estos señores que atracan la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre tienen un componente casi antisistema que recoge un poco la decepción con los Gobiernos, los bancos centrales..., un hastío⁵ en el que estos robin hoods se convierten para muchos en estandarte de esta atmósfera de decepción. En Le Monde hace unos días hacían una reflexión política sobre la serie en este sentido”, destaca.

Además, destaca el universo de personajes tanto de La casa de papel como de su anterior creación, Vis a vis, en la que también trabajó buena parte del equipo de la serie de atracos. “Estamos haciendo una ficción con unas características propias, con un diseño de personajes muy poderoso, con un universo femenino muy poderoso y fuerte. Por un lado tenemos elementos emocionales, con un diseño de personajes excéntrico, sorprendente, y en las dos series trabajamos la ambigüedad moral, cambiamos el foco⁶ de lo que el espectador cree que es bueno y malo. Vemos que personajes muy villanos⁷ como Zulema en Vis a vis o Berlín en La casa de papel tienen características magnéticas para el espectador”.

Natalia Marcos (periodista española), El País, 29/03/2018

1. une base de données **2.** le masque **3.** les braqueurs **4.** un état d'esprit
5. une lassitude **6.** (ici) la perspective **7.** Méchants

La más feroz de las pandillas

La abuela Concepción Montoya está preocupada por el porvenir de su nieto Gregorio Ortega.

El chico no tenía cabeza para los estudios ni ganas de aprender un oficio. [...] [La abuela Concepción] Rezaba de rodillas¹ por las noches [...] para que Gregorio sobreviviera hasta los dieciocho años, cuando haría el servicio militar obligatorio. La abuela despreciaba² con toda el alma a las Fuerzas Armadas, pero tal vez la conscripción³ podría enderezar a ese nieto descarriado⁴. [...]

Cuando le faltaban pocos meses para ser llamado al servicio militar, [Gregorio] logró que la MS-13, mejor conocida como Mara Salvatrucha, la más feroz de las pandillas⁵, lo aceptara. Debía hacer el juramento de sangre: lealtad con sus camaradas, antes que nada, antes que la familia, mujeres, drogas o dinero. Pasó por la prueba rigurosa de los aspirantes: una paliza⁶ monumental propinada por varios miembros de la mara para probar su temple⁷. El rito de iniciación lo dejó más muerto que vivo, [...], pero una vez repuesto obtuvo el derecho al primer tatuaje característico de los MS-13. Con el tiempo, a medida que acumulara crímenes y ganara respeto, esperaba acabar como los miembros más fanáticos, con el cuerpo entero y la cara cubiertos de tatuajes. [...]

En sus treinta años de existencia la mara, originada en Los Ángeles, había extendido sus tentáculos al resto de Estados Unidos, México y Centroamérica, con más de setenta mil miembros dedicados al asesinato, extorsión, secuestro, tráfico de armas, de drogas y de seres humanos, con tal reputación de crueldad, que solían ser usados por otras pandillas para los trabajos más sucios. [...] Nadie se atrevía con ellos⁸, ni la policía ni los militares. Los vecinos del barrio sabían que el nieto mayor de Concepción Montoya se había unido a la MS-13, pero lo comentaban en susurros⁹ a puerta cerrada para no atraer una venganza.

Isabel Allende (escritora chilena), Más allá del invierno, 2017.

1. priait à genoux 2. méprisait 3. el servicio militar 4. remettre son petit-fils
égaré sur le droit chemin 5. (ici) les gangs 6. une raclée 7. tester sa résistance
8. personne n'osait s'en prendre à eux 9. ils en parlaient à voix basse

Por la pantalla del televisor

Por esos días mi ciudad comenzaba a desprenderse de los años más violentos de su historia reciente. No hablo de la violencia de cuchilladas baratas y tiros perdidos, de cuentas que se saldan entre traficantes de poca monta¹, sino la que trasciende los pequeños resentimientos y las pequeñas venganzas de la gente pequeña, [hablo de] la violencia cuyos actores son colectivos y se escriben con mayúscula: el Estado, el Cartel, el Ejército, el Frente. Los bogotanos² nos habíamos acostumbrado a ella, en parte porque sus imágenes nos llegaban con portentosa regularidad desde los noticieros y los periódicos; ese día, las imágenes del más reciente atentado habían empezado a entrar, en forma de boletín de última hora, por la pantalla del televisor. Primero vimos al periodista que presentaba la noticia desde la puerta de la clínica del Country³, después vimos una imagen del Mercedes acribillado⁴ —a través de la ventana destrozada se veía el asiento trasero, los restos de cristales, los brochazos de sangre seca⁵—, y, al final, cuando ya los movimientos habían cesado en todas las mesas y se había hecho el silencio y alguien había pedido a gritos que le subieran el volumen al aparato⁶, vimos, encima de las fechas de su nacimiento y de su muerte todavía fresca, la cara en blanco y negro de la víctima. Era el político conservador Álvaro Gómez, hijo de uno de los presidentes más controvertidos del siglo y él mismo candidato a la presidencia más de una vez. Nadie preguntó por qué lo habrían matado, ni quién, porque esas preguntas habían dejado de tener sentido en mi ciudad, o se hacían de manera retórica, sin esperar respuesta, como única manera de reaccionar ante la nueva cachetada⁷. No lo pensé en ese momento, pero esos crímenes (magnicidios, los llamaba la prensa: yo aprendí muy pronto el significado de la palabrita) habían vertebrado mi vida o la puntuaban como las visitas impredecibles de un pariente lejano. Yo tenía catorce años esa tarde de 1984 en que Pablo Escobar mató o mandó matar a su perseguidor más ilustre, el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla (dos sicarios en moto, una curva⁸ de la calle 127). Tenía dieciséis cuando Escobar mató o mandó matar a Guillermo Cano, director de El Espectador (a pocos metros de las instalaciones del periódico, el asesino le metió ocho tiros en el pecho⁹). Tenía diecinueve y ya era un adulto, aunque no había votado todavía,

cuando murió Luis Carlos Galán, luego las ráfagas de metralleta, luego el cuerpo desplomándose sobre la tarima¹⁰ de madera, cayendo sin ruido o su ruido oculto por el bullicio del tumulto y por los primeros gritos. Y poco después fue lo del avión de Avianca, un Boeing 727-21 que Escobar hizo estallar¹¹ en el aire –en algún lugar del aire que hay entre Bogotá y Cali– para matar a un político que ni siquiera estaba en él.

Juan Gabriel Vásquez (escritor colombiano), El ruido de las cosas al caer, 2011

1. des petits trafiquants 2. los habitantes de Bogotá 3. clínica de Bogotá
4. criblée de balles 5. (fig.) les traces de sang sec 6. (ici) la télévision 7. (fig.)
gifle 8. un virage 9. la poitrine 10. le plancher 11. exploser